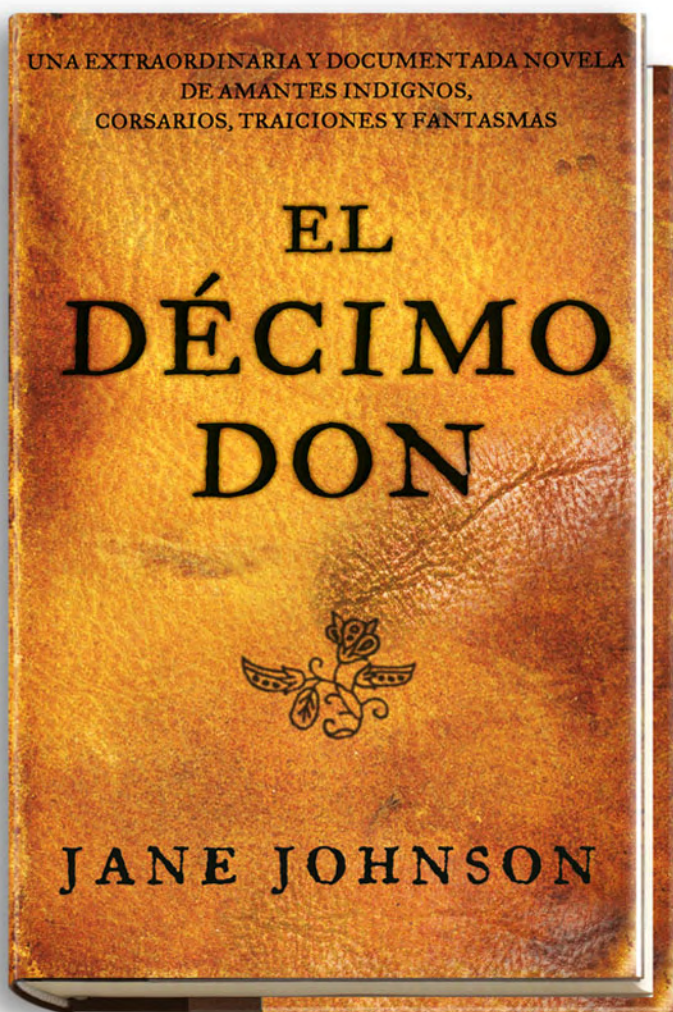


**1er. Capítulo**  
**El décimo don**  
**Jane Johnson**



UNA EXTRAORDINARIA Y DOCUMENTADA NOVELA DE  
AMANTES INDIGNOS, CORSARIOS, TRAICIONES Y FANTASMAS

# **El décimo don**

Jane Johnson

Traducción de Alberto Coscarelli

*Para Abdel*

*Plymouth, 18 de abril, ocho de la tarde*

*Thomas Ceely, alcalde*

*A los muy honorables lores del muy honorable consejo privado de su majestad*

*De la máxima urgencia*

*Que plazca a sus señorías estar advertidos de que en este día he sabido de ciertos turcos, moros y holandeses de Sallee, en Berbería, que acechan nuestras costas y asaltan todo lo que pueden, tal como por examen de un tal William Knight así parece, cuyo informe me siento inducido a creer, porque las dos barcas pesqueras mencionadas en su examen fueron después halladas flotando en el mar, sin tener hombres ni aparejos de pesca en ellas...*

*También estoy informado verosímilmente de que hay unos treinta bajeles en Sallee que ahora se preparan para venir a las costas de Inglaterra a comienzos de verano, y si no se toma una rápida acción para evitarlo, causarán grandes perjuicios.*

*Por consiguiente, creí que era mi deber informar a sus señorías*

*Y así quedo de sus señorías su más fiel servidor,*

THOMAS CEELY, ALCALDE

*Plymouth, el decimoctavo día de abril de 1625*

## 1

**H**ay sólo dos o tres historias humanas, y continúan repitiéndose a sí mismas con el mismo vigor como si nunca hubieran ocurrido antes, como golondrinas que han estado cantando las mismas cinco notas durante miles de años.»

Escribí esto en un cuaderno después de leerlo en una novela la noche anterior a mi cita con Michael. Esperaba poder introducirlo en nuestra conversación durante la cena, a pesar de saber su probable reacción (negativa; despectiva: siempre era escéptico ante cualquier cosa que pudiese calificarse, aunque sólo vagamente, de «romántica»). Era un lector de literatura europea, ante la que presentaba una no comprometida posición postestructuralista, como si los libros sólo fuesen carne en el tajo del carnicero, solo músculos y tendones, huesos y cartílagos que necesitaban ser cortados, separados y observados. Por su parte, Michael encontraba mi pensamiento sobre el tema de la ficción tanto emocional como poco riguroso, lo que significó que al comienzo de nuestra relación tuviéramos unas discusiones terribles, las cuales me herían tanto que casi me hacían llorar. No obstante, ahora, siete años más tarde, éramos capaces de pincharnos el uno al otro alegremente. En cualquier caso, significó un cambio con respecto a discutir o evitar el tema de Anna o de nuestro futuro.

En un principio me resultó duro vivir así, de momentos robados, el futuro siempre pendiente, pero poco a poco he ido acostumbrándome a él, así que ahora mi vida tiene un esquema reconocible. Era

un poco limitado y carecía de lo que otros hubiesen considerado áreas cruciales, pero a mí ya me iba bien. O, al menos, eso era lo que me decía a mí misma, una y otra vez.

Me vestí con especial cuidado para la cena: una blusa de seda, una falda negra por encima de las rodillas; medias (Michael era muy masculino en sus preferencias); unos zapatos de ante con los que apenas podría recorrer los ochocientos metros hasta el restaurante y volver, y mi chal favorito bordado a mano: brillantes margaritas sobre un fondo de fino cachemir negro.

Siempre he dicho que debes ser optimista para ser una buena bordadora. Una pieza grande, como un chal, puede necesitar de seis meses a un año de trabajo inspirado y dedicación. También determinación; un espíritu empecinado como el de un montañero, que da un paso medurado cada vez, en lugar de asustarse al pensar en la totalidad de la inmensa tarea, el campo de grietas y la pared de hielo. Pueden creer que exagero las dificultades; un trozo de tela, una aguja e hilo: ¿cómo puede ser tan difícil? Pero una vez que has pagado una pequeña fortuna por el cachemir y otra por las sedas, o necesitas terminarlo para la boda de una joven nerviosa o para una exposición, cuya fecha de entrega es muy ajustada, y no sólo tienes que diseñar y organizar, sino también dar un millón de puntadas, les aseguro que la presión es palpable.

Debíamos encontrarnos en el Enoteca Turi, cerca del extremo sur del puente de Putney, un bonito restaurante toscano que generalmente reservábamos para las ocasiones especiales. No había ningún cumpleaños a la vista, ninguna publicación o promoción, que yo supiese. Esto último sería, en cualquier caso, algo difícil de conseguir, dado que dirijo mi propio negocio, y que incluso la palabra «negocio» es un tanto exagerada para mi empresa: una pequeña tienda de artesanía en Seven Dials en la que sólo trabajaba yo; en realidad, era más un capricho que un negocio para ganar dinero. Una tía que había muerto cinco años atrás me había dejado una buena herencia; mi madre había fallecido dos años más tarde, y yo era hija única. El alquiler de la tienda había caído en mi regazo; le quedaba menos de un año y yo aún no había decidido qué hacer con él al final de ese período. Ganaba más

dinero de las comisiones que del supuesto negocio, e incluso éstas eran más que nada una manera de pasar el tiempo, gastando los minutos mientras esperaba mi siguiente encuentro con Michael.

Llegué temprano. Dicen que las relaciones generalmente caen a favor de una de las personas, y yo admití que estaba cargando con el setenta por ciento de la nuestra. Esto se debía en parte a las circunstancias, y en parte al temperamento, el mío y el de Michael. Él se aislaba del mundo la mayor parte del tiempo: yo era la pródiga emocional.

Me senté junto a la pared y miré a los otros comensales como si fuera una visitante en un zoológico. La mayoría de las parejas eran de treintañeros, como nosotros: bien situadas, bien vestidas, bien habladas, aunque charlaban en un tono demasiado alto para mi gusto. Retazos de las conversaciones flotaron hasta mí:

«¿Sabes lo que son *fagioli occhiata di Colfiorito*?»

«Es tan triste lo de Justin y Alice... una pareja encantadora... ¿Qué harán con la casa?»

«¿Te parece ir a Marrakech el mes que viene? ¿O prefieres volver a Florencia?»

Eran personas normales, agradables, felices, con buenos empleos, mucho dinero y sólidos matrimonios; con unas vidas ordenadas y cómodas. Bastante diferentes de la mía. Los miré a todos embalsamados en la luz dorada y me pregunté qué pensarían de mí, sentada allí, con mi mejor ropa interior, medias nuevas y tacones altos, esperando a que llegase el marido de la que había sido mi mejor amiga.

«Probablemente se morirán de la envidia», sugirió una voz perversa en mi cabeza.

Probablemente, no.

¿Dónde se habría metido Michael? Eran las ocho y veinte y tendría que estar de regreso en su casa a las once, como siempre insistía en señalar. Una cena rápida, un polvo rápido: era lo máximo que podía esperar; y quizá ni siquiera eso. Al notar cómo corrían los preciosos momentos comencé a ponerme ansiosa. No me había permitido pensar en la razón especial para que él sugiriese la Enoteca. Era un lugar caro, no algo que podías escoger por un capricho; no con el salario de un lector a tiempo parcial, complementado con una triste ven-

ta de libros, no si eras –como Michael–, cuidadoso con tu dinero. Decidí despreocuparme de ese misterio pidiéndole al sumiller una botella de Roca Rubia y coloqué las manos alrededor de la gran copa como si sostuviese el Santo Grial, a la espera de que llegase sir Lance-lot. A la luz de la vela, el contenido brillaba como la sangre fresca.

Por fin entró por la puerta giratoria con los cabellos desordenados y las mejillas rosadas como si hubiese corrido todo el camino desde Putney Station. Se quitó el abrigo, impaciente, pasó el maletín y la bolsa negra de mano en mano mientras luchaba para quitarse las mangas, y al final se acercó, sonriendo como un maníaco. Aunque sin mirarme a los ojos, me besó rápidamente en la mejilla y se sentó en la silla que el camarero acomodó para él.

–Siento llegar tarde. ¿Pedimos ya? Tengo que estar en casa...

–... a las 11, sí, lo sé. –Reprimí un suspiro–. ¿Un día duro?

Habría sido bonito saber por qué estábamos allí, averiguar el motivo de la velada, pero Michael estaba ahora concentrado en el menú, consideraba atentamente las sugerencias y cuál ofrecía probablemente una mejor relación calidad-precio.

–Nada especial –respondió finalmente–. Los habituales estudiantes idiotas, sentados allí como ovejas de cabeza hueca a la espera de que se las llene con conocimiento. Y el habitual sabelotodo bocazas que quiere exhibirse ante las chicas buscando una discusión con el tutor; eso lo solucioné muy pronto.

Pude imaginarme a Michael metiendo en vereda a un veinteañero con una mirada implacable antes de desmenuzarlo sin piedad con el objetivo de hacer reír a las estudiantes. Las mujeres aman a Michael; no podemos evitarlo. Ya sea por sus facciones saturninas (y hábitos, además), sus modales o la mirada de sus brillantes ojos negros, la boca cruelmente tallada o las manos inquietas, no lo sé. Perdí la perspectiva de tales asuntos hace mucho tiempo.

El camarero se marchó con nuestro pedido y nos quedamos sin más excusas para la equivocación. Michael tendió la mano a través de la mesa y la apoyó sobre la mía, presionándola contra la tela blanca. De inmediato, la familiar descarga de electricidad sexual corrió por mi brazo y envió oleadas a través de mi cuerpo. Su mirada era solem-

ne, tan solemne que me entraron ganas de reír. Parecía un diablillo travieso dispuesto a confesar algún terrible crimen.

–Creo –dijo cuidadosamente, con la mirada en un punto a unos cinco centímetros a mi izquierda– que deberíamos dejar de vernos, al menos durante un tiempo.

Y yo que quería hablar de golondrinas. La risa que se había estado acumulando en mí estalló, disonante y enloquecida. Me di cuenta de que la gente me miraba.

–¿Qué?

–Todavía eres joven. Si lo dejamos ahora podrás encontrar a otro. Asentarte. Formar una familia.

Michael detestaba la idea de tener hijos: que quisiera que yo los tuviese era la confirmación de la distancia que quería poner entre nosotros.

–Ninguno de los dos es joven ya –repliqué–. Y tú menos que nadie. –Su mano se acercó inconscientemente a la frente, estaba perdiendo el cabello y era lo bastante vanidoso para preocuparse por ello. Durante los últimos años le había dicho que no se notaba; después, cuando eso se convirtió en una mentira, dije que lo hacía distinguido, sexy.

El camarero trajo la cena: comimos en silencio; mejor dicho, Michael comió en silencio, mientras yo me limitaba a empujar mi cangrejo y los *linguini* por el plato y bebía mucho vino.

Finalmente retiraron nuestros platos y dejaron un enorme espacio entre nosotros. Michael miraba el mantel como si el propio espacio plantease una amenaza, y después se volvió, extrañamente animado.

–La verdad es que tengo algo para ti –dijo.

Recogió el maletín y miró en el interior. Alcancé a ver dos objetos envueltos de casi idénticas proporciones, como si hubiese comprado el mismo regalo de despedida para dos mujeres diferentes. Quizá lo había hecho.

–No está bien envuelto. No tuve tiempo: hoy ha sido un día un tanto caótico. –Empujó uno de los objetos a través de la mesa hacia mí–. Pero es la intención lo que cuenta. Es una especie de *memento mori*; y una disculpa –añadió con aquella sonrisa torcida y sensual

que se había apoderado de mi corazón en primer lugar—. Lo siento, ya lo sabes, por todo.

Había muchas cosas que debía lamentar, pero no me sentía lo bastante fuerte para decírselo. *Memento mori*; un recordatorio de la muerte. La frase rebotó en mi mente, desenvolví el paquete cuidadosamente y sentí cómo el cangrejo y la salsa picante me subían a la boca.

Era un libro. Un libro antiguo, con una cubierta de cuero de becerro, unas sencillas líneas decorativas en las tapas y cuatro rebordes a espacios regulares en el lomo. Mis dedos se deslizaron apreciativamente sobre las texturas, como si fuese otra piel. Me aislé de las cosas dañinas que decía Michael y me dediqué a abrir la tapa cuidando de no agrietar el quebradizo lomo. En el interior, la portadilla se veía desvaída.

*La gloria de la bordadora*, ponía en letra negrita, y después, en letra cursiva:

*Aquí siguen ciertos finos patrones para ser adecuadamente bordados en oro, seda, estambre, como sea su placer.*

*Publicado por primera vez por Henry Ward de Cathedral Square Exeter, 1624.*

Debajo de esto estaba escrito con mano temblorosa:

*Para mi prima Cat, 27 de mayo 1625.*

—¡Oh! —exclamé, cautivada por su antigüedad y su belleza. Un intrincado dibujo llenaba el dorso; lo incliné hacia la luz en un vano intento de verlo mejor.

Michael había dicho algo más, pero lo que fuese había volado inofensivamente por encima de mi cabeza.

—¡Oh! —exclamé de nuevo—. ¡Qué extraordinario!

Michael había dejado de hablar. Fui consciente de un pesado silencio, uno que exigía una reacción.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

Lo miré muda, sin querer contestar.

Sus ojos negros se habían vuelto de pronto casi castaños. La compasión los llenaba.

—Lo siento mucho, Julia —dijo de nuevo—. Anna y yo hemos llegado a un punto crucial en nuestras vidas y hemos tenido una conversación sincera. Vamos a darle a nuestro matrimonio otra oportunidad, un nuevo comienzo. No podré verte nunca más. Se ha acabado.

Esa noche yací sola en mi cama, abrazada al libro, la última cosa en mi vida que mantendría un vínculo con Michael, llorando. Por fin, pudo más el cansancio, pero dormir fue casi peor que estar despierta: los sueños eran terribles. Me desperté a las dos y media, a las tres, a las cuatro, recordando fragmentos de imágenes: sangre y huesos aplastados, alguien que gritaba con agonía; gritos en un lenguaje que no podía comprender. La más vívida de todas era una secuencia donde me desnudaban y me exhibían ante unos extraños, que se reían y señalaban mis faltas, que eran muchas. Uno de ellos era Michael. Vestía una larga túnica y una capucha, pero reconocí su voz cuando dijo: «Ésta no tiene pechos. ¿Por qué me has traído a una mujer sin pechos?» Me desperté, sudorosa y avergonzada, una criatura sin importancia que se merecía su destino.

Sin embargo, mientras me odiaba a mí misma me sentí desorientada, distanciada, como si no fuese yo quien sufría la indignidad, sino alguna otra Julia Lovat, muy lejana. Me volví a dormir y, si volví a soñar, no lo recuerdo. Cuando finalmente me desperté, estaba acostada sobre el libro. Había dejado una clara huella: cuatro surcos, como cicatrices, en mi espalda.